

María del Carmen Vázquez Mantecón

La palabra del poder

*La vida pública de José María Tornel
(1795-1853)*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2008

269 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 28)

Ilustraciones.

ISBN 978-970-32-5000-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/palabra/poder.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

DE LA MUERTE DE UN PATRIOTA

1853

Las fechas vivas

José María Tornel fue quien se encargó de enaltecer la victoria de Antonio López de Santa Anna, el 11 de septiembre de 1829, contra el invasor español Isidro Barradas. Dijo en pocas palabras que ese día, en Tampico, Santa Anna había salvado la independencia. La fecha se volvió parte del santoral cívico santannista y siempre que don Antonio regresaba al poder se celebraba con algún acto patriótico que reunía al ejército, a algún orador oficial y al mismo Santa Anna, quien repartía monedas entre los ex combatientes. La fiesta de 1853 parecía que iba a ser igual a las anteriores.

Ese 11 de septiembre era domingo y en el santoral se festejaba el Dulce Nombre de María. La luna estaba en cuarto creciente y el día empezó con salvas de artillería y repiques de campanas que anunciaron la ceremonia. Las tropas hicieron una exhibición desfilando por las calzadas de Bucareli y La Piedad hasta el castillo de Chapultepec. Ese día estrenaron los ricos uniformes que Tornel había diseñado para que los soldados mexicanos se parecieran a los prusianos. Santa Anna acostumbraba pasar los meses de verano en Tacubaya, en donde había establecido su “Palacio de Gobierno” en la antigua morada del arzobispado. Desde ahí se desplazó con algunos colaboradores a pasar revista a las tropas. Don Antonio, rodeado siempre por su estado mayor a caballo, presidía sentado en un carro abierto frente al que pasaban los regimientos encabezados por los alumnos del Colegio Militar cuando, de repente, el festejo se descompuso porque corrió la voz de que el ministro de la Guerra, José María Tornel, había sufrido un desmejoramiento.

En su parte oficial de ese mismo día, Juan Suárez y Navarro dijo a nombre de Santa Anna que el ministro había muerto a las diez de la mañana a causa de un “repentino ataque de apoplejía”. Anunció que el velorio sería en el Colegio de Minería, y pedía que para el 13 de septiembre, cuando fuera sepultado, concurrieran los oficiales de los cuerpos de ingenieros y de artillería que estuvieran francos, para acompañar el cadáver hasta su última morada.

En *El Siglo Diez y Nueve* de Ignacio Cumplido se reprodujo el día 12 esa versión oficial, y sólo se agregó que “ese funesto acontecimien-

to que entristeció las solemnidades cívicas de un día que era de fiesta y de regocijo nacional” ocurrió en Tacubaya. En *El Universal* dijeron que “parecía” que fue en la noche del día 11 cuando trasladaron el cuerpo desde esa villa al Colegio de Minería.

El velorio fue muy solemne y transcurrió durante el día y la noche del 12. A la mañana siguiente, el 13 de septiembre, una larga comitiva de militares, funcionarios y más de cien coches de particulares, familiares y amigos, acompañaron su cuerpo hasta la villa de Guadalupe. Al salir de Minería, en las iglesias se hizo un doble general y la tropa efectuó redobles sordos de luto. A la orilla del camino, grupos de educandos pobres de la escuela lancasteriana hacían valla con sus estandartes cubiertos de crespón. En la colegiata hubo misa de cuerpo presente y la prensa dijo que ahí fue inhumado. Cuando lo enterraron le hicieron los honores militares correspondientes a su grado de general de división, por lo que, como una despedida del ejército, las tropas dispararon sus armas. En el libro de cuentas de 1853 de la Colegiata de Guadalupe dice que se pagaron 25 pesos para la hechura del sepulcro. Éste se colocó adentro de la iglesia “en el lado opuesto y paralelo al de su primera esposa”. No pudo sepultarse el día 12 porque estaba expuesto el Santísimo y los funerales del 13 fueron con misa cantada y asistencia del Cabildo.

La noticia de su muerte

Santa Anna no asistió a los funerales, pero decretó que las autoridades civiles y militares de toda la república y los miembros del fuero de guerra vistieran luto por tres días. También por circular participó “del sentimiento de positivo dolor que lo ocupa”, y anunció que no se presentaría en las funciones cívicas del 16 de septiembre porque estaba indispuerto. El ministro de justicia, Teodosio Lares, ordenó a los colegios y a los tribunales que sus autoridades y empleados llevaran luto por los nueve días de costumbre,¹ mientras la Compañía Lancasteriana organizó ocho misas —la última cantada— para su antiguo presidente y socio, y dispuso que concurrieran a ellas, por turno, los alumnos de las escuelas que protegían.

En *El Siglo Diez y Nueve* se sintió mucho su muerte y en sus páginas se hizo su apología. Durante varios días las columnas del diario aparecieron enmarcadas en negro como muestra de luto. Para ellos, la tristeza general que reinó en los funerales no fue por mera ceremonia sino porque todos “deploraban la pérdida de uno de los hijos más dis-

¹ Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU), *Superiores órdenes*, 12 de septiembre de 1853.

tinguidos del país” y se auguró que su memoria siempre permanecería en México. Escribieron que Tornel fue uno de los primeros patriotas que luchó por la independencia y que, desde entonces, estuvo en la escena política, defendiendo los principios liberales y la nacionalidad como uno de los oradores más elocuentes y uno de los escritores que “con más justo título recibirían el nombre de literatos”. Fue digno de alabanzas por haber sido protector y mecenas de jóvenes de talento y por haber honrado con su amistad al periódico. En él aparecieron dos composiciones dedicadas a don José María: un poema de su protegido Severo María de Sariñana y un soneto de su amigo Manuel Moreno y Jove, doctor, deán y gobernador del Arzobispado de México, quien le decía que la patria lo iba a colocar en la gloria, en un “trono refulgente”, para que “viva eternamente” y no muriera en el olvido. De la del primero reproduzco algunos versos en los que seguramente su autor no reparó en la paradoja que hacía rimar Tornel con hiel:

Era una fuente de delicias llena
 Era una flor que acarició la brisa
 Era de un ángel su feliz sonrisa
 Era bondad su mente y corazón
 Era el fecundo, el orador patricio
 Era el consuelo para el triste abierto
 Y hoy ¡oh dolor! le contemplamos ¡muerto!
 ¡Terminó su magnífica misión!

En ti la virtud amé.
 Fama y nombre ambicioné
 entusiasmado por ti,
 Mas hoy no quiero otra gloria
 Que bendecir la memoria
 del Padre que ya perdí.

¡Alma tú del alma mía!
 Dios sabe que te quería
 con todo mi corazón.
 Por esto una amarga hiel
 como ardoroso veneno
 Siento que abraza mi seno
 Desde tu muerte, TORNEL.²

² *El Siglo Diez y Nueve*, 12 a 19 de septiembre de 1853, y Severo María de Sariñana, “Biografía del Esco. Sr. D. José María Tornel y Mendivil”, en *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1854.

El Universal, en cambio, se congratuló de que la dirección del Colegio de Minería —que ocupó Tornel entre 1843 y 1853— hubiera recaído en el ministro de Fomento, Joaquín Velázquez de León, y dijo que, exceptuando la gestión de Elhúyar y la de Andrés del Río, el Colegio no había tenido una persona con los conocimientos requeridos.³ Aunque se dio una noticia escueta de su deceso, según ellos “se trató de una muerte súbita”, porque, a pesar de haber padecido una penosa enfermedad, ya se había repuesto.⁴

Apoplejía contra cicuta

Los conservadores tuvieron siempre sus reservas sobre esa muerte pronta. Cinco años después, en el periódico *La Sociedad*, criticaron ferozmente a Santa Anna y de paso la actuación de Tornel en el Ministerio de la Guerra, quien —dijeron— reorganizó el ejército con injusticia y desacierto, e “introdujo disgusto en el mismo gabinete, que ocasionó su muerte repentina”. Insinuaron que Santa Anna no sintió el deceso y se refirieron a la gran cantidad de enemigos que tenía el ex ministro.

Anselmo de la Portilla y Enrique Olavarría pensaban, en este sentido, que Tornel se había convertido en un obstáculo para que don Antonio diera rienda suelta a una política ilimitada, por lo que con la renuncia de Haro y Tamariz en Hacienda y con la muerte de Alamán —en junio de ese año— y de Tornel, Santa Anna se libró de amigos rivales o peligrosos.⁵

Hacia 1853, desde el gobierno se negociaba una monarquía para México, y de esto, dice Arrangoiz, Tornel no sabía nada, a pesar de ser cuñado de Díez de Bonilla, uno de los principales promotores.⁶ El disgusto que ocasionaría su muerte apoplética pudo haber sido enterarse de que había sido excluido del secreto. Por otro lado, Tornel estuvo ligado —al menos lo está en la historiografía liberal— a varios complots que buscaron el asesinato de Santa Anna. Fue Carlos María de Bustamante el que narró en su *Memorandum* que, en abril de 1846, Tornel y Nicolás Bravo planeaban dar muerte a Santa Anna cuando éste llegara

³ *El Universal*, 16 de septiembre de 1853.

⁴ *El Universal*, 20 de septiembre de 1853.

⁵ Anselmo de la Portilla, *Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna 1853-1855*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1856, p. 8-9, y Enrique Olavarría y Ferrari, *México a través de los siglos*, México, Editorial Cumbre, 1958, t. 4, p. 817.

⁶ Francisco de Paula y Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, 1974, p. 424.

a Veracruz, y que para esto había salido el segundo al puerto. Agregó a su versión que don Antonio se enteró antes, pagó el flete del barco en el que se le esperaba y regresó en otro bergantín.

El mismo Nicolás Bravo murió también, como Tornel, de modo sorpresivo durante el último gobierno de Antonio López. Don Nicolás y su esposa fallecieron un día o dos después de haber alojado en su casa de Chilpancingo a Santa Anna, quien andaba por el sur combatiendo a Juan Álvarez.⁷ ¿Estarían relacionadas ambas muertes? ¿Santa Anna realmente ajustó sus cuentas aprovechando las rivalidades de Tornel con los demás ministros?

Sin duda, Santa Anna inspiró en José María Tornel un impulso apasionado que tuvo momentos de deslumbramiento, pero también de enemistad. Compartían el ser de la misma generación: Antonio era sólo un año mayor. A la sombra de Santa Anna, Tornel se convirtió en uno de los personajes más importantes de México. En tiempos de gloria, ambos obtuvieron recompensas gloriosas. Sin embargo, en esa pasión fría y calculada cupo también la envidia, el doble juego, la desconfianza, el rechazo y el abandono. Para reconciliarse con él, Tornel escribió que Santa Anna era el único, entre todos los caudillos, que no había descendido de las alturas de la gloria a los abismos de sus propios errores y debilidades.

Quien salió en defensa del honor de la vida y de la muerte de nuestro personaje fue otro José María Tornel —en este caso y Bonilla—, el hijo mayor, quien residía en San Luis Potosí. Éste envió a México una carta al periódico *El Siglo Diez y Nueve*, a fines de marzo de 1858, casi cuatro años y medio después del deceso. En ella decía que su padre había actuado con arrojo, calculando sus obligaciones, por lo que sus enemigos siempre tuvieron hacia él un resentimiento natural. Aclaró —y esto parece una denegación— que la relación entre Tornel y Santa Anna no era “como la del lazo criminal que ata a dos cómplices” sino que nació por una justa y mutua estimación por los servicios que prestaron al país, y porque, subrayó, “tenían cualidades análogas”. Sin embargo, insistió en que su padre no sólo había servido a Santa Anna sino que había sido apreciado también por Iturbide, Victoria, Guerrero, Anastasio Bustamante, Corro, Barragán, Bravo y Paredes. En relación con su muerte, creía que ésta había sido realmente sentida por Santa Anna “y por todos los hombres imparciales que apreciaban su política conciliadora”, y, a pesar de que reconoció que su

⁷ Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna y la encrucijada del estado. La dictadura 1853-1855*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 284.

padre tenía muchos enemigos, descartó que hubiera sido eliminado por algunos de ellos.⁸

¿Curcio mexicano?

Puede la imaginación dar cabida a la conjetura de que don José María hubiera muerto por su propia mano, al darse cuenta de que había sido excluido del secreto del gobierno. A propósito de la muerte de Manuel de Mier y Terán —quien se atravesó con su espada sobre la tumba de su amado Agustín de Iturbide en el cementerio de Padilla en el estado de Tamaulipas— Tornel expresó desde 1837 que, aunque la religión y la sociedad condenaban el suicidio, *siempre era digno de gratitud, de lágrimas y de compasión el hombre fuerte que en un momento de delirio, causado por la más grave de las pesadumbres, adquirió el nombre de Curcio mexicano*.⁹ Como hombre honorable que siempre dijo ser ¿Tornel buscó realmente la muerte? ¿La habría preferido al infortunio de la infamia? ¿Llegó a ella conservando su fortaleza y su generosidad hasta el último momento? Esto es difícil de responder, aunque, sin duda, a él le hubiera gustado mucho este final para el drama de su vida.

Tornel no quería brillar momentáneamente como un fuego fatuo y le horrorizaba pasar por la vida *sin dejar trazas o memoria de su existencia*.¹⁰ Se sentía altruista, esforzado, arrojado en las crisis del Estado y que no había podido evitar que, al controlar una situación, los vencidos demostraran su resentimiento. Rememoraba a propósito una frase en latín de *La Eneida* de Virgilio, que hablaba de vulgos innobles que se volvían crueles con sus libertadores. Esta misma frase citó también en latín José Tornel y Bonilla en defensa del honor patriótico de su padre.¹¹

Después de esta epístola, muy poco se habló de la muerte de Tornel. Guillermo Prieto dijo enigmáticamente que a éste le costó la vida no haber sabido retirarse a tiempo de la escena política.¹² Por su parte, el militar prusiano Carlos von Gagern publicó una nota en Alemania,

⁸ José María Tornel y Bonilla, "El general Tornel y los redactores de *La Sociedad*", en *El Siglo Diez y Nueve*, 20 de marzo de 1858.

⁹ José María Tornel, *Tejas y los Estados Unidos de América en sus relaciones con la República Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1837, p. 51.

¹⁰ *Respuesta del general José María Tornel y Mendivil al escrito que formó el Escmo. Sr. Lic. D. Manuel de la Peña y Peña*, México, Ignacio Cumplido, 1840, p. 6.

¹¹ *Ac veluti magno in populo cum saepe coorta est / Seditio saevitiquae animis ignobile vulgus, / Jamque faces et saxa volant, furor arma ministrat.*

¹² Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1986, t. 1, p. 43-44.

en 1884, en la que se dijo amigo de don José María desde que llegó a México en 1853. Cuenta que, aquel 11 de septiembre, él se encontraba cerca del ministro cuando éste se sintió mal en pleno desfile. Refiere que fue llevado rápidamente a sus aposentos y que él estuvo con mucho dolor junto a su lecho de muerte, que ocurrió hacia la tarde.¹³ No menciona que haya sido en Tacubaya, ni a las diez de la mañana, ni tampoco que se hubiera debido a “un violento ataque de apoplejía”, como dijo el parte oficial. En el *Calendario de Galván* de 1855, al narrar las efemérides del año de 1853, repitieron la versión oficial, aunque usaron el término “congestión cerebral”. Subrayaron sin embargo la idea de muchos de sus contemporáneos de que falleció “casi repentinamente”, abriendo la puerta a las conjeturas, que siguen tan vivas, como el deseo del mismo Tornel de que se hablara de él en la posteridad.

¹³ Carlos von Gagern, *Todte und Lebende Grinner Ungen*, Berlin, 1884, t. 1, p. 223-230.

